

todo posible avergonzarse. De manera que la anterior pregunta puede y debe formularse así: ¿Por qué en las circunstancias descritas, es decir, en aquel momento preciso en que dejamos de ser espectadores cinematográficos sentimos un profundo desacuerdo con nosotros mismos? Este estar desacorde no complica un saberse desacorde, sino simplemente estarlo y de aquí la vergüenza. Pues bien, ¿por qué?

Tenemos a mi juicio que regresar a la «*facultas imaginandi*» en el espectador cinematográfico. La facultad de imaginar es de todas las facultades humanas la de mayor hondura y primigencidad. Incluso el pensar no se concibe—psicológicamente al menos—sin el hilo conductor de la imaginación. De la imaginación nace el ensueño, la creación y el descubrimiento. Incluso cuando oponemos a la esclavitud física la irreductible libertad interior, en realidad oponemos la imaginación que puede hacer que nos pensemos como libres. En un estrato más profundo, a todo imaginar va cómplice una cierta libertad creadora, apenas analizable por su irreductibilidad a categorías, que desaparece cuando la imaginación se anula, y que se ha relacionado, como es sabido, con la temporalización del yo en cuanto unidad en el cambio.

Sin meternos en tantas honduras, sí es cierto que en el «cine» la facultad de imaginar queda en cierto modo anulada. El espectador sigue lo «imaginado» en el cine—recuérdese, en el cine no hay reticencias—, se sumerge en ello y substituye su imaginar por la actividad imaginizada contenida en el espectáculo, que no deja resquicio a la actuación de su personal «*facultas imaginandi*».

Tal es a mi juicio lo que explica la enajenación absoluta del espectador cinematográfico respecto del espectáculo; la absorción y pérdida del yo que mira ante lo mirado.

Ahora bien, si la imaginación constituye el último reducto de nuestra personalidad, ¿quién no ha de estar en desacuerdo

